

FIGURAS LITERARIAS

Lord Byron y el escepticismo de su época

(Extracto de «Vie de Lord Byron» por Adam Mickiewicz)

Georges Gordon Byron (1788-1824), fué el más grande poeta inglés del siglo XIX. Inmenso en su expresión lírica, fué quizás menos afortunado en la descripción. Sus obras obedecen todas a una misma fórmula. Separado de la sociedad, Byron vivió entre los límites de la moda y de la arbitrariedad y lo presentó todo reflexivamente, dejando obrar con limitaciones a sus figuras y aún adicionando en sus vidas, sus palabras y sus actos, un invariable caudal de sentencias y de credos axiomáticos. Su obra maestra inacabada, «Don Juan», no es excepción; campea en ella el mismo tópico.

El estilo de Byron es brillantísimo, pero con frecuencia emite sus sentimientos y pensamientos con excesiva cortedad. Muchos de sus cantos y poemas son patrimonio de la más bella e íntima poesía inglesa. Sus dramas, demasiado repletos de descripciones minuciosas y de observaciones anímicas, no pueden sostenerse ni se sostuvieron en la escena.

La intelectualidad actual está convencida totalmente de la influencia de Byron en la literatura de su tiempo. Las obras de sus contemporáneos, escritas después de su muerte, van impregnadas de este síntoma; todas ellas emergen el fuego y el calor del gran poeta. Se ha escrito tanto, en sentido laudatorio y contradictorio, de la obra de Byron, que los libros, fascículos, ensayos y artículos que de ella tratan, bastarían para instalar una biblioteca íntima, numerosa y densa. Pero no es necesario investigar los enmohecimientos críticos de su época; únicamente queremos, impulsados por un sentimiento de admiración, opinar un poco respecto de sus obras y hacer sobre ellas algunas consideraciones morales, objetivamente características.

Es fama que Byron fué acusado de ateísmo fulminantemente incrédulo, promulgador de toda negación de Dios y de todas las sociedades, especialmente las de su tiempo. Se dijo de él que, escudriñando en los más profundos rincones del alma humana, haciendo héroes y protagonistas de sus novelas y de sus poemas a los seres más abyectos y bajos, erigió la «apoteosis del crimen». El filósofo alemán Federico Schlegel, le llamó «enviado del diablo». En definitiva, Byron fué el más ferviente, el más dinámico, el más estoico y ecuaníme apóstol del escepticismo.

Ahora bien. No cabe juzgar sus obras bajo la norma castrada y metódica de sus críticos. Fué costumbre en ellos comparar toda su producción de hombre-literato que vivió y que sufrió, con sus primeros ensayos elocubrados y sistemáticos. Ante algunas críticas de su tiempo, Byron fué un irreductible ateo «con ideas mansas e irrisorias». No se tuvo en cuenta el carácter del poeta, ni la evolución desmesurada de su espíritu.

A pesar de todo, Byron fué el alma más infantil de su época. Vino al mundo en los días que podían ser más malhadados para él como hombre y como poeta. En su juventud se descubrió la cortina del primer acto de la revolución francesa. Cruelles pugnas societarias fueron veladas con la guillotina, narcotizadas por los siniestros chispazos de una guerra europea. Descalabrados y agotados de virilidad los partidos y las naciones combatientes, huyeron de los focos de guerra. Napoleón, con su insaciable saña guerrera, redujo a los humildes y a los potentes, para ser reducido por ellos. Fué el tiempo de la rigidez, de las grandes interrogaciones que anquilosaban al mundo; tiempo en que se temía hablar; tiempo en que, aparentemente, el pensamiento cesó. Toda la literatura de aquel cosmos embravecido y espasmódico, lleva el estigma del miedo, el anatema de las morales y espirituales cobardías. Todo es como esas conversaciones de acusados, metidos en presidio, que se sonrojan y avergüenzan a la más mínima evocación de su pretérito—porqué su pretérito fueron vergüenzas,—y que tiemblan por el fu-

turo—porqué su futuro deberán ser crueldades,—y que entretanto, por hacer algo, comentan el estado atmosférico.

El intelecto de Byron no podía transigir con aquella literatura trivial y cretina; su alma debía desertar de aquella esfera. El joven autor, abominado por los críticos, abominó de ellos, y como la crítica tiene su eco, su espejismo en el pueblo, fué consecuencia lógica que Byron hiciese de su pueblo una cosa ridícula y asimismo abominable. Después de esas disputas con los literatos de oficio, que critican por sibaritismo, surgió el divorcio espiritual de Byron con su pueblo. Mas, estos detalles pertenecen a su biografía; son secundarios en un estudio filosófico de su obra y de su alma.

Después de esas crisis de optimismo, después de esa depresión de la fe en su pueblo, Byron creyó de buen grado que un hombre de corazón no puede vegetar en la Sociedad, que él debía abandonar el mundo o vengarse del mismo. En los desiertos y en las cavernas, Byron educó sus héroes y sus protagonistas, extraídos de los canallas y de los criminales. Pero los personajes de Byron no son canallas ordinarios, criminales corrientes, ni son egoístas indiferentes, ni tampoco fanáticos furiosos, emuladores de las absurdidades de sus ídolos. El poeta dejó en ellos una sola virtud, un noble sentimiento, un jalón de superación que los hermana, que los vincula con esa excepcional especie de hombres que no permiten encenegar su alma en el marasmo de una absoluta obscuridad moral. Los hombres de Byron tienen conciencia.

Y he aquí la diferencia entre nuestro autor y los restantes escritores de su época. Los principios del pasado siglo fueron sofistas; no se estableció categoría entre la bondad y las cualidades perversas; sólo se escribían unos ejercicios de intercomprensión personal y unas pautas para disculpar los propios defectos. El tipo genuinamente representativo del siglo de Byron, es el «Panglos» de Voltaire. Ese «Panglos», el francés «Hiob», no pierde su buen humor durante la más grande humillación; ese fresco, mientras baila y se cepilla los dientes, afirma orgullosamente que «él es un filósofo». Los tipos de Byron desprecian ese sofismo; ellos experimentan culpas, ellos sufren, ellos se arrepienten. Dan, en fin, la impresión de que es tiempo lo que les falta para su total perfección; ellos desaparecen demasiado aceleradamente.

El escepticismo de Byron es diverso, es desigual, de esa indiferencia a todo lo que es elevado y bello, de esa bestial insensibilidad llamada «escepticismo» por los sofistas y que no es más que una voluntaria y funesta ceguera de los sentimientos.

Toda la filosofía del siglo XVIII tenía ese objeto: ora contentar la Humanidad con adulaciones, ora tranquilizarla con temores o risas, porqué ella no buscara verdades más fundamentales. Se decía que la verdad era incomprensible, que era innecesario quererla y estudiarla.

El gran enigma del mundo, el enigma sobre de los hombres, de la vida venidera, fué la constante obsesión de Byron y no se dejó convencer por el abúlico sofismo. Meditó los más intrincados puntos de la moral y de la filosofía, luchó con todos los prejuicios dogmáticos y tradicionalistas. Pero no llegó a solucionar los misterios de su alma inquieta, pues, como a sus héroes y a sus personajes, le faltó tiempo.

Byron no fué el continuador de las ideas de sus contemporáneos. Al revés. Se podría afirmar que enfrente de los múltiples conceptos literarios, promulgadores del sofismo, él fué el único que hizo alto y el que tomó oportunas direcciones.

El escepticismo apareció en la tierra bajo doble aspecto: el primero, a guisa de una luz raquítica y esmirriada, precursora de una noche sin fin, y el segundo como un crepuscular momento matutino, vivificado por refrigerante vientecillo promotor de una jornada feliz, bucólica y pasional. Byron presentó esta segunda forma del escepticismo, incierto en su concepción, pero pletórico de espíritu y de sinceridad.

J. P. ARNAUS